



Documentos de coyuntura del Área de Política (IDH-UNGS)

IDH | Instituto del Desarrollo Humano - Área Política

SEGUNDA ENTREGA

“Primer año de gobierno de Macri”

Documento

09

Notas en torno al discurso de apertura
de sesiones ordinarias ante la Asamblea Legislativa

María Elena Qués

Documento

10

La apuesta política de “unir
a los argentinos”

Martín Armelino y Gabriel Vommaro

Documento

11

Promesa y veredicción: reflexiones sobre el discurso
de *Cambiamos* durante su primer año de gobierno

Julia Smola

Documentos de coyuntura del Área de Política (IDH-UNGS)

Documento
10

La apuesta política de “unir a los argentinos”

Martín Armelino y Gabriel Vommaro

Un proyecto de poder 4

La base social..... 5

Documentos de coyuntura del Área de Política (IDH-UNGS)

Documento

10

La apuesta política de “unir a los argentinos”

Martín Armelino y Gabriel Vommaro

Contra el telón de fondo de “la grieta” surcada en los años de gobiernos kirchneristas, la apuesta política de Cambiemos ha sido “unir a los argentinos”. Fue eje de su campaña electoral durante 2015 y se constituyó en uno de los apogemas principales del presidente Mauricio Macri en sus intervenciones oficiales e informales. Recientemente, lo ha subrayado en su visita protocolar a España y, con más énfasis, en la inauguración de las sesiones ordinarias del Congreso Nacional el 1º de marzo. Dicha sutura, sin embargo, cuesta imaginársela realizada, o por lo menos dando sus puntadas iniciales, dado que por un lado el tejido social se ha visto afectado mayoritariamente por los efectos de un conjunto de medidas de desregulación y apertura y, por el otro, el propio gobierno echa mano a la polarización con el kirchnerismo para construir una épica propia y para delimitar, en línea con la tradición política argentina, una frontera con sus adversarios políticos y ubicarlos en el pasado. En definitiva, la grieta es un hecho social, pero también un modo de construcción política al que el actual gobierno no parece, hasta el momento, querer renunciar.

La propuesta de indiferenciación política no es nueva en Propuesta Republicana, la fuerza de Mauricio Macri. Al contrario, replica en la nación una fórmula que ya le ha resultado exitosa en sus años de gestión porteña. Debe señalarse, no obstante, que la alianza política Cambiemos, que triunfó en 2015 y hoy gobierna, tiene como sostén principal a uno de los partidos centenarios del país (la Unión Cívica Radical) y en cuya historia social y política se han frugado proyectos colectivos de poder y de transformación social. No es tema de este documento analizar las derivas identitarias de la UCR, que por cierto deben rastrearse bastante más allá de su alianza actual con el PRO, pero sí importa señalar al menos que ese partido ha escogido acompañar un experimento político que no reconoce historia social y política que lo preceda y que, sobre todo, no concibe que sea ésa la trayectoria que deben forjar los gobiernos y los partidos políticos en el siglo XXI. Dicho de otro modo, ¿es posible que la base social radical se sume de manera permanente al proyecto de Cambiemos y que forme, con el electorado tradicional de centro-derecha, la argamasa de sostén del nuevo espacio de coalición?

Dos caras, entonces, del experimento político encarado por Macri al frente de Cambiemos. De un lado, un proyecto de poder que a través del *frame* del sinceramiento que se postula necesario para superar la grieta promueve la instalación de políticas de apertura y liberalización; del otro, un proyecto con una base social dispersa y poco movilizadora, que combina las clases medias no peronistas y el electorado clásico del centro-derecha argentino, a la que buscan interpelar desde la diferenciación con el pasado para convertirla en resorte del cambio. Este documento busca reflexionar sobre algunos aspectos de estos dos puntos.

Un proyecto de poder

Desde el comienzo de su gobierno, Macri llevó a cabo un conjunto de iniciativas de cuño neoliberal que vuelven a reconfigurar fronteras entre Estado y sociedad. La devaluación, la eliminación y reducción impositiva a los sectores extractivos y exportadores agropecuarios, el endeudamiento público con los organismos internacionales, la apertura comercial y el perjuicio sobre la producción nacional, la presión sobre los salarios para abaratar el costo de la economía y la suba de tarifas de servicios públicos que terminan por restringir el consumo de las clases medias y populares, son algunos de los indicadores de un conjunto de iniciativas desplegadas para construir una nueva normalidad hecha de antipopulismo, “regreso al mundo” y generación de condiciones para la inversión privada externa. A diferencia del proyecto neoliberal de los años noventa, aquí se intenta combinar la desregulación y apertura económica a los mercados mundiales –de mercancías y capitales– con una inversión pública activa en áreas que favorecen la inversión privada. Un Estado presente, entonces, e inversor en áreas donde las oportunidades de negocios son más visibles –telecomunicaciones, transporte, energía...– pero que debe reducir, al mismo tiempo, las demandas en términos de inversión social para controlar el déficit fiscal mientras reduce sus ingresos.

A diferencia del neoliberalismo de los años noventa, también, no asume luego de una crisis económica aguda ni recibe el poder de un gobierno debilitado. En este sentido, los aires de familia que se han hallado con la administración de Carlos Menem (o más en general con la década del noventa) encuentran una divergencia sustantiva. El realismo político con que el gobierno peronista de los noventa abrazó la apertura comercial, la inversión extranjera, el ajuste fiscal, la racionalización estatal (tanto en su faceta de reducción de capacidades administrativas como en su faceta de reducción del empleo público), la competitividad de las empresas nacionales o del país, la vinculación con los organismos de crédito internacional, la política laboral proclive a la desregulación, o la política social focalizada, fue básicamente para morigerar la emergencia fiscal e inflacionaria de fines de los años ochenta, y su perfil neoliberal fue contorneándose sobre la marcha. Aun cuando el Congreso Nacional sancionara expeditivamente los proyectos de ley de emergencia económica y de reforma del Estado que le abrieron el camino al neoliberalismo pocas semanas después de su nombramiento, el despliegue de esa nueva agenda fue cobrando envergadura a medida que el nuevo gobierno armaba su esquema de apoyos y, sobre todo, sus elencos. En cambio, la actual experiencia de neoliberalismo recargado no surge como la opción más eficaz ante una crisis estructural: las dificultades para controlar la inflación y para sostener los niveles de actividad económica del segundo gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, a todas luces visibles, lejos estaban de configurar un escenario de crisis social y mucho menos de una crisis política que pusiera en riesgo la legitimidad institucional del cargo presidencial, como sí ocurrió durante 1988 y 1989 y anticipó la salida del gobierno radical de Raúl Alfonsín. La apuesta de Cambiemos surge como un proyecto de poder en el sentido de un cambio de las relaciones entre actores económicos y políticos que alteran las vinculaciones entre Estado y sociedad, y que tiene en el presidente y sus colaboradores a un grupo convencido de que los pilares estructurales de la economía y la sociedad de este tiempo deben ser edificados con los principios de esa ortodoxia económica. Paradojas del poder: el gobierno que se quiere alejado de las ideologías que jalonaron al siglo XX despliega elípticamente en su accionar uno de los proyectos político-económicos de más largo aliento durante la anterior centuria.

La cohesión del “equipo” presidencial se relaciona, sin duda, con la común adhesión a ciertos principios económicos que dominan el mundo de la empresa, y que por otra parte son dominantes en la disciplina. Pero también con el hecho de que su conformación fue el resultado de un largo trabajo del PRO para reclutar managers, abogados de negocios y asesores económicos a los que les proveyó un marco organizativo y una plataforma política que politizara su malestar con el kirchnerismo, y que tradujera ese descontento en participación política. Ese “equipo” se fue conformando desde, al menos, los primeros años de gobierno de PRO en la Ciudad de Buenos Aires, y terminó de constituirse entre 2013 y 2015 con el trabajo en las fundaciones que componen el entorno partidario de esa fuerza. Las medidas de gestión económica, comercial, social y de relaciones exteriores implementadas, y las que se espera implementar, no fueron, así, producto de una solución a mano ante una crisis inesperada, sino un set de políticas diseñadas por un grupo bastante

homogéneo en lo ideológico aunque heterogéneo en sus orígenes políticos que se propuso llevar a cabo un proyecto de cambio estructural o, en la jerga gubernamental, de “cambio cultural”.

Precisamente, la idea del “cambio cultural” proveyó hasta ahora al gobierno de un marco de sentido más amigable que el de las transformaciones estructurales, que encienden rápidamente las alarmas de la sensibilidad social mercado-internista –solidificada en el ciclo político kirchnerista– ante la amenaza del regreso de un programa neoliberal como el de los años noventa. Así, junto a las concesiones económicas y los beneficios corporativos que el gobierno les otorgó a sindicatos y movimientos sociales –en pos de no ahondar la grieta social– movilizó la grieta política al colocar al kirchnerismo en el lugar del engaño y la farsa, explicitado en las denuncias judiciales de corrupción y en la acusación política de populismo. No está claro, en todo caso, si la grieta social y la grieta política se superponen completamente. Tendemos a pensar, por cierto, que no. Quizá el gobierno, victorioso al menos a corto plazo en su polarización con un movimiento que tiene baja estima de buena parte de la ciudadanía, incluida buena parte del movimiento sindical, tenga menos imaginación para encontrar los instrumentos para que la grieta social –el conflicto con los grupos sociales y económicos que defienden un modelo mercado-internista y de Estado regulador– se reduzca, o al menos neutralice a los actores que irremediablemente quedarán del otro lado.

La base social

Entretanto, entonces, ¿cuál es la base social de Cambiemos? Si entendemos por base social sectores movilizados, los apoyos del nuevo gobierno son poderosos pero minoritarios. Los grandes productores agropecuarios, los industriales exportadores y un sector periférico del sindicalismo parecen estar en esas filas. También en este sentido contrasta con las experiencias políticas anteriores del actual ciclo democrático. Si tomamos los gobiernos kirchneristas, confronta con más de una década de incremento de los recursos públicos volcados a la recuperación del mundo popular y al fortalecimiento del trabajo registrado, a las políticas de inclusión y la expansión de derechos. Si pensamos en la década de gobierno menemista, confronta con un gobierno que introdujo las reformas neoliberales pero mantuvo sólidos lazos con la base popular del peronismo, pudiendo lograr esa suerte de aporía política de convertirse en el gobierno de la exclusión social reteniendo una porción considerable del apoyo de los excluidos. Y si tomamos el gobierno de Alfonsín, confronta con una experiencia refundadora del lazo político que proyectaba en el pueblo de la nación argentina la piedra fundamental de la recuperación del Estado de derecho y del conjunto de resortes institucionales. No casualmente queda al margen de esta evocación la malograda experiencia de la Alianza UCR-Frepaso de los años del cambio de siglo, cuya principal apuesta había sido el combate contra la corrupción.

La debilidad de su base social se percibe como deliberada. El gobierno no quiere movilizar multitudes ni construir grupos de apoyo para salir a la calle. Busca, en cambio, representar a esas corrientes económicas y sociales que lo preceden y que encontraron en él una vía de expresión y de alivio ante la amenaza populista. Precisamente, fue el populismo la etiqueta elegida por la alianza Cambiemos en 2015 para definir a su adversario, y eso alcanzó –porque se identificaba al kirchnerismo con dicha etiqueta– para ganar ajustadamente el *ballotage*. ¿Provee, ese triunfo ajustado, apoyos para llevar a cabo el “cambio cultural” propuesto? El núcleo electoral de Cambiemos se encuentra en los votantes tradicionales del centro-derecha –en sus vertientes liberal y conservadora– así como en la mayor parte de lo que queda del electorado radical, en especial en las provincias donde pervive esta identidad con cierta fuerza y en consonancia con una aversión al peronismo subnacional del que lo separan diferencias políticas, sociales y estéticas. A ambos electorados los unió, en 2015, su indignación con el kirchnerismo. Probablemente, para el electorado de tradición radical, y para los dirigentes de ese partido, la oportunidad histórica de volver al gobierno luego de la debacle de la Alianza en 2001 baste como aliciente y refuerce una identidad malherida y debilitada en sus soportes organizativos. No queda claro, en cambio, que ese electorado pueda ser la base de un proyecto de ortodoxia económica que amenaza barrer con buena parte de las condiciones estructurales que sostienen a las clases a las que pertenecen. De hecho, una parte de esos votantes integraron la fugaz alianza que el kirchnerismo armó con

todas las fuerzas moderadas defensoras de un proyecto mercado-internista en 2007, y cuyo resultado fue la fórmula Cristina Kirchner- Julio Cobos.

El gobierno se ha mostrado, como se dijo, muy hábil en la remoción de obstáculos coyunturales para realizar sus objetivos políticos: allí están las negociaciones con el sindicalismo en torno a las obras sociales a cambio de la paz laboral en un contexto de crisis salarial y laboral, las negociaciones con las principales organizaciones (ahora vueltas a llamarse) piqueteras alrededor de recursos para contener el conflicto social precisamente en aquellos sectores del conurbano bonaerense donde más rápido se advierte la tensión del lazo social en momentos de crisis socio-económica, con los gobernadores mayoritariamente peronistas (algunos afines al Frente para la Victoria, otros al Frente Renovador) acerca de auxilio financiero para paliar la distribución controvertidamente federalista de la coparticipación con los que sortear la parálisis legislativa en el Parlamento, en particular el Senado. La lista puede continuar. Se trata, todavía, de aliados tácticos, de corto plazo, que probablemente se debiliten en un año electoral. Pero no queda claro si la lista de sacrificios propuesta por Cambiemos logrará mantener cohesionada a su base social y podrá constituir, en el mediano plazo, un proyecto de mayorías como supo serlo el peronismo menemista en los años noventa o si, por el contrario, este nuevo intento de una vuelta de página definitiva encontrará más temprano que tarde sus límites políticos.